

que, si no estaban siempre locos, tenían sus temporadas, y *Séneca* aseguraba que no hay un genio sin mezcla de locura. Acaso hablar de locura sea un poco excesivo; pero la cuidadosa investigación de *Kretschmer* le ha permitido—después de lograr una de las concepciones de las psicopatías que tiene a estas como un punto muerto entre la salud y la enfermedad mental—conocer la frecuencia con que genios de toda especie—artistas en gran parte—son gentes anormales, incapaces de concluir una ligazón armónica con su medio, psicópatas, despistados como ahora se dice... Es obligado advertir, de todos modos, que no basta despistarse para ser tenido por genial, que quien no es más que despistado y quien simula serlo, en vez de genio, es simplemente tonto de capirote, pues el genio se hace de dos grandes raíces: una intelectual, de auténtica sabiduría, y otra psicopática que es la que hace a su grandeza interna, creadora. Sobre la relación habitual del hombre con su ambiente, el genio tiene una nueva ligazón con el medio en el sentido de que es «creador de valores» para los otros hombres; pero también en el de que, como buen psicópata, ha de moverse en un medio que le es hostil y, al cual también él mira con hostilidad. El genio no es el hombre apacible, sossegado y venturoso que acepta la realidad según está y se encoge de hombros para adaptarse a ella, sino aquel otro que siente dentro de sí formas nuevas de valor, y lucha, y las impone contra el sentido tradicional y parsimonioso. Lo que la psicopatía pone, es este imponerse a los hombres y al tiempo, las armas de la discrepancia y la independencia. Ellos son así desde su infancia; al juzgarles, los Maestros se equivocaron siempre porque les puso de punta su in-

